SIGNIFICADO DE LA CONTIENDA NACIONAL

Señor director de A B C:

El artículo de Baltasar Porcel, publicado en la primera página de A B C del día 22 del corriente, bajo el título «Cultura catalana y comunicación peninsular», me deja atónito en su afirmación siguiente:

«La intercomunicabilidad lingüística peninsular sigue siendo una utopía. O, mejor dicho, se ha convertido en una utopía en los últimos treinta y pico de años, a partir de la guerra civil y de la *alineación de Cataluña en el bando de los derrotados.*»

Personalmente, y creo que conmigo están infinidad de catalanes, en Cataluña y en la amplia geografía nacional, rechazo —la contesto y me duelo de ella— esa afirmación gratuita y falsa de la *alineación de Cataluña entre los derrotados* de nuestra guerra civil.

Esa no fue una contienda territorial, sino nacional e ideológica, fruto de la imposible convivencia bajo la República.

Catalán de naturaleza, lengua, pensamiento y espíritu —mis títulos de ser español—, yo no me he sentido nunca derrotado por las fuerzas nacionales, sino liberado por ellas de la persecución y de la arbitrariedad de los Gobiernos de la República y de la Generalidad.

Reducir el esquema de la guerra civil a una lucha entre Cataluña y el resto de España constituye una falsedad histórica y una ligereza que me sorprende ver acogida en las páginas de A B C y que sólo se comprende en Baltasar Porcel, porque, por su suerte, no tuvo ocasión de conocer la Cataluña anterior al 18 de julio de 1936, la subversión del 6 de octubre de 1934 —fecha liminar de la triste historia de la segunda República— ni el desencadenamiento posterior de la anarquía, el asesinato y la depredación, que constituyen la trilogía de la «*cruxa catalana*» de los años 36 y siguientes.

El término de la guerra y la extirpación en Cataluña del dominio rojo fueron recibidos en mi tierra con universalidad de albricias, como una auténtica liberación, como un triunfo y no como una derrota. Fue la victoria de la libertad personal, de la dignidad humana, de los valores ancestrales y de la trayectoria a la unidad hispánica de Cataluña. Que después los hermanos peninsulares hayan entendido mejor o peor, siquiera poco, nuestra lengua catalana es cuestión aparte, no debida a la guerra, sino anterior a ella, con antecedentes seculares. ¿Han entendido acaso «*toda*» la literatura catalana de la época, sin discriminaciones políticas y personales, los autores del libro que sirve de pretexto a Porcel para «*colar*» su tesis?

Que haya una cuestión de organización del territorio —oportunidad perdida la del proyecto de ley de Bases del Régimen Local—, con preocupación de aquellos valores, es cuestión distinta de la de nuestra guerra, en la cual fuimos tan liberados de la dictadura marxista los catalanes como los demás pueblos de España.

Sirvan, pues, estas líneas para expresar una disconformidad personal con la tesis de Porcel, aunque creo que podría hacerlo en nombre de la entera Cataluña rescatada por Franco de la esclavitud.—Santiago UDINA MARTORELL.